

Chillida, las plazas duras y otros asuntos

UN tópico muy grande usado para juzgar el carácter catalán es acusarlo de avaro; acaso haya contribuido a darle cierta consistencia Dante Alighieri con su "l'avara povertà dei catalani". La verdad es que no creo en los tópicos y si a veces tienen algo de razón no es así en este caso. Es, además, esta acusación una gran injusticia. Un país donde la casi totalidad del contenido de sus museos proviene de colecciones privadas; donde la defensa de su literatura y por lo tanto de su lengua ha sido el esfuerzo titánico de sus intelectuales; donde un personaje como Gaudí es capaz de vivir como un asceta y de llegar, incluso, a pedir limosna para poder hacer su obra; donde nuestro teatro de ópera fue creado y sostenido gracias al esfuerzo de un grupo de mecenas; donde un escritor como Benguerel sacrifica su obra más personal para traducir los diez mil versos de las fábulas de La Fontaine... A este país no se le puede tildar de avaro.

Creo que en el origen de esta acusación hay un error; cuando se dice "avaricia" hay que entender algo que, si bien en cierta manera se le parece, no es lo mismo: la envidia. En efecto, el pecado de envidia es algo que nos afecta especialmente, favorecido, con toda seguridad, por ser nuestro país pequeño y pobre. Para poner un ejemplo, un poco burdo acaso pero bastante

ilustrativo, podríamos decir que en un país donde hay, según se dice, el mayor número de poetas por metro cuadrado y donde, además, se lee poco, la envidia por la parcela conquistada por el rival es casi una razón de supervivencia. Pero a pesar de todo la envidia es un gran defecto y nada puede justificarla porque, además, esteriliza, bloquea la creatividad.

HAGO estas reflexiones al haber detectado, dentro de ciertos medios artísticos, cierto malestar por haberse encargado en Barcelona obras públicas a artistas no catalanes: esculturas a Eduardo Chillida, a Roy Liechenstein, a Oldenburg y a Richard Serra; el monumento a Macià en la plaza de Catalunya, a Vaquero Turcios, Beltrán y Casanueva; el Palacio de los Deportes a Arata Yozaki; el estudio del futuro museo de arte contemporáneo a Pontus Hunter; el parque de la España Industrial a Peña Ganchequi y escenografías a Serge Marzolff para los montajes de Flotats.

Es bueno tener un espíritu crítico, pero a veces caemos en el vicio de juzgar sin fundamento todas las actuaciones que provienen de arriba. Un ejemplo de ello es la crítica que se ha hecho contra las plazas creadas o restauradas en

los últimos tiempos en Barcelona y calificadas peyorativamente de "plazas duras" ¡Como si todas las plazas célebres del mundo, empezando por la de la Concordia de París, la de San Marcos de Venecia o la de san Pedro de Roma, no lo fueran!

HAY que felicitar a Barcelona que recupere su papel cultural abierto al mundo, aleje el peligro de caer en el provincianismo y no tenga miedo de enriquecer su propia vida cultural con las aportaciones de personalidades no catalanas. La grandeza de París o de Nueva York está precisamente en saber acoger y potenciar a creadores de todas las partes del mundo. Naturalmente, hay que procurar que estas aportaciones sean afortunadas, que las obras sean válidas, de no ser así, el buscar fuera de Cataluña sus autores sería caer en otra clase de provincianismo: el de creer que todo lo que viene de fuera es mejor. Pero en principio, y dado el resultado, en líneas generales esta apertura me parece positiva. Además este movimiento intercultural evitará (librándonos a la vez de la esterilidad autotárquica) lo que algunos desearían: el hundimiento del Titanic.

JOSEP MARIA SUBIRACHS